

La modernidad de España en *Mujeres al borde de un ataque de nervios* de Almodóvar

ANTONIO BARBAGALLO

Stonehill College

Almodóvar es un director de cine con un sentido patriótico fuera de lo común. El suyo es un patriotismo que surge del conocimiento que tiene del mundo supuestamente civilizado, y del conocimiento o falta de él que ese mundo tiene de la realidad española actual. Es un patriotismo pacífico, apagado, camuflado, bien llevado e inteligente, que irónicamente nace de la "rabia" de saber que gran parte de ese mundo civilizado conoce poco y mal su España, y de saber que los que conducen y lideran ese mundo son los que menos y peor la conocen. Curiosamente es en esta parte más ignorante del mundo donde se produce el cine más majestuoso, impactante, popular y taquillero. Y es por eso que ese amor por la patria y ese orgullo de ser español se manifiestan en una película expresamente hecha para concursar en los más prestigiosos certámenes cinematográficos, y para ser vista por un público internacional.

Mujeres al borde de un ataque de nervios, ganadora del Premio Goya y del David di Donatello, y candidata al Oscar en el año 88, se presenta al espectador español como una película entretenida, divertida, hasta cierto punto intrigante y misteriosa, pero no como una película de corte patriótico. Tampoco se presenta como patriótica al público non-español, ya que no hay en ella ninguna referencia a la política o a la historia de España, ni hay alusiones militarísticas, ni situaciones que se puedan interpretar como agresivas u ofensivas hacia otros países. En un equilibrio entre lo absurdo y lo real y verídico, Almodóvar crea una obra que muestra un país moderno y vibrante, muy lejano de la España estereotipada de castañuelas y pandereta. El director manchego quiere que el mundo conozca la nueva España, la que está en ebullición, la de la democracia, de las libertades y de la modernidad. Esto lo consigue por medio de insospechables sutilezas y matices en una película de relativamente pocos exteriores. Una película española sobre personajes de la sociedad urbana española es, en cierto modo, como cualquier artilugio o aparato electrónico, producto de la tecnología moderna. Todo el mundo conoce su existencia y su utilidad, todo el mundo lo usa, pero nadie sabe lo que hay detrás de tal producto, nadie sabe cómo lo han hecho, ni quién lo ha hecho. Por tanto, como introducción a la modernidad de España, y para que el espectador sea consciente de que en este país se producen películas, Almodóvar abre la historia colocando a la protagonista en el mundo de la cinematografía. Ésta no es sólo una película de ambiente español, sino una película hecha en España. Este país, uno de los últimos vagones del tren de la modernidad europea hasta mediados de los años 70, es dueño de una respetable industria cinematográfica. Pero en este país también se ven películas extranjeras, así que, en medio de bobinas y de equipos de sonido, Pepa y su compañero sentimental, son actores de doblaje. Esta industria



paralela, la del doblaje, curiosamente abre las puertas del mundo al público español, ayudándolo así a convertirse en un pueblo cada día más instruido y culto, en un pueblo conocedor de otras sociedades y culturas.

El recurso de una profesión aparentemente bien remunerada, aunque no “hollywoodiana”, da pie a la introducción de otros recursos como es el precioso piso con vistas de Madrid en el que vive la actriz. Sea Pepa, como así la sexy recepcionista, representan, cada una a su manera, la nueva, moderna mujer española. En su forma de vestir, Pepa hace alarde de una elegancia clásica, representativa de una mujer madura y a la vez juvenil, mientras la recepcionista, con su minifalda, con su blusa apretada, con sus andares, con su chicle y con su coquetería representa la elegancia de la joven mujer urbana. Como contrapunto, más adelante aparece Candela, también en minifalda, pero con desenfadados calcetines hasta la rodilla y con sus poco sensuales zapatazos. Es la desequilibrada Lucía, esposa del amante de Pepa y madre de Carlos, mujer emotivamente anclada en el pasado, quien saca a la calle los anacrónicos y ridículos modelos que chocan a la vista. Pero, vamos por partes. Un buen número de estos recursos, que tienen como fin mostrar la modernidad de España, no tienen, o parecen no tener, ninguna relación con la trama. Se trata de una serie de pequeños detalles que sólo un público español muy observador puede percibir, y es justamente por ser tan pequeños o cortos que se toleran. Es decir, el espectador no llega a preguntarse el por qué de tales aparentemente inútiles e insignificantes detalles. Por otro lado, hay varias escenas que claramente tienen la doble función de contribuir al desarrollo de la trama y de lanzar el mensaje sobre una España moderna y, en algunos casos, más avanzada que países como los Estados Unidos.

La pobre Pepa, en espera de una llamada de su compañero sentimental, y necesitada de algo que la ayude a dormir, va a la farmacia de una conocida, quién a su vez la invita a ponerse una mascarilla para la piel. La actriz educadamente rechaza participar en la demostración gratuita, y, mientras espera sus pastillas, dos mujeres chismosas con las caras pringosas hacen comentarios sobre su persona. Esta escena, aparentemente “relleno” insignificante e inútil, nos presenta a la nueva mujer española, en particular a la urbana, que cuida de su cuerpo, y que dista años luz de la estereotipada mujer de piel arrugada que con cuarenta años aparentaba ochenta, y que aparece en películas tan importantes como puede ser *Los santos inocentes*. Por otra parte, dentro de una sociedad seria y moderna, donde el Ministerio de Sanidad Pública regula la venta de medicamentos, la farmacéutica, sin embargo, muestra un grado de tolerancia y de humanidad, despachando los medicamentos bajo la simple promesa de entrega de la receta al día siguiente. Este detalle de comprensión y de flexibilidad es quizás lo que distingue a España de otros países modernos donde el farmacéutico es de tal intransigencia que no le permite reconocer ni a su propia madre.

En su noche insomne Pepa sale en busca de su amante y se queda sentada en un banco, observando el balcón de la casa donde vive la esposa de éste. En unas secuencias que duran un par de minutos, Almodóvar nos muestra la tranquilidad de la noche madrileña, donde una mujer sola puede pasear y estar en la calle sin ningún miedo. Quizás esto parezca inverosímil a los ojos de extranjeros que viven en grandes o medianos centros urbanos, sin embargo era la realidad española cuando se rodó la película, y, afortunadamente, sigue siéndolo ahora. En medio de esta tranquilidad,

unos jóvenes se divierten patinando en la calle, algo un tanto peligroso, pero no imposible en los barrios residenciales, y una hermosa mujer en lencería sensual parece entretener a sus vecinos con un baile en el marco de una gran ventana abierta. Ésta es evidentemente otra española moderna, la que en la playa se desprenderá de la parte superior del bikini, la mujer sexualmente liberada. La escena de la cabina telefónica es absolutamente necesaria para el desarrollo de la trama. La desquiciada Lucía tira la maleta de su hijo por la ventana, maleta que al caerse y abrirse delante de la cabina le revela a Pepa, por medio de una foto, que su amante tiene un hijo. Vista hoy, esta escena parece mostrar una sociedad atrasada en el campo de las telecomunicaciones, pero no podemos olvidar que la película se rodó en el año 88, cuando los teléfonos móviles, los de coche, empezaban a nacer.

Sin necesidad de mantener un orden cronológico de los acontecimientos, volvamos al tema del atuendo, y veamos cómo el director consigue que el espectador se fije en ciertos detalles, que, como ya dicho, no son mero relleno, sino características de personajes modernos. El seudo-intento de suicidio de Candela, saltando por la terraza, produce la caída de uno de sus zapatos, que es recogido por la portera, y que luego Pepa saca de su bolso cuando busca el encendedor. Este enfoque en un zapatazo feo, como ya he dicho, es un enfoque en un tipo de mujer joven, moderna, desenfadada y libre. Los zapatos, la minifalda, los calcetines y los pendientes en forma de cafetera napolitana son la firma y rúbrica de esta mujer. ¿Qué es lo que pretende hacer el director cuando enfoca los pies de Pepa mientras pasea impacientemente en el salón de su casa? ¿Por qué no enfocar el cuerpo entero? Hay diez o doce segundos interminables de zapatos en movimiento, seguidos de otros tantos de una Pepa elegante en cuerpo entero. Estoy seguro de que todas las señoras del mundo que hayan visto esta escena se han fijado en los hermosos zapatos de Pepa, pero dudo de que perciban la que yo creo que es la intención del director. Almodóvar aquí está haciendo publicidad de la prestigiosísima industria española del calzado, pero sólo por motivos de orgullo. El es consciente de lo que es auténticamente español y valioso, y, para recordar al espectador que ésta es una película española que trata de la sociedad española, introduce pequeños detalles como es la elaboración del gazpacho en la cocina de Pepa. Todos los que han visto esta película saben que el gazpacho, dopado con Morfidal, juega otro papel que no es sólo el de símbolo de España. Pero, como recordatorio de que estamos en España, el incendio que Pepa provoca en su cama tirando un fósforo es acompañado de una música igualmente incendiaria, música reconocida por todos como típicamente española. Siguiendo en la línea de lo que es moderno dentro de la realidad nacional, no podemos dejar de mencionar a la pareja de novios que aparece hacia el final de la película. Ana y Embite son ejemplo de la variedad de tipos de personas que existe en el país, y éste es otro claro rasgo de modernidad. Los que se visten en chaquetas de cuero y montan en Harleys clásicas no son ya algo exclusivamente americano, sino que forman parte, aunque en minoría, de la sociedad española.

Volvamos a la aparición de Candela, la amiga andaluza de Pepa, metida en líos debido a su relación sentimental con un terrorista chiíta. Cuando por televisión se entera del arresto de éste y de sus compañeros, Candela recoge las pertenencias del improvisado novio, y va a deshacerse de ellas. No va, sin embargo, al más cercano o

más lejano contenedor de basura entre los miles que se encuentran en la ciudad, no. La vemos, de repente, encima de una montaña de deshechos, en un vertedero en las afueras de la ciudad. Es evidente que Almodóvar quiere dejar claro que España no puede ni debe confundirse con otros países de habla española, algo que sabe que suele ocurrir, en particular en los Estados Unidos, país repleto de hispanohablantes. No es solamente lo que tiene España que la hace un país moderno, rico y avanzado, sino también lo que no tiene. Y es en esta escena que nuestro director muestra un enorme vertedero sin niños en harapos, buscando algo de comer o algo que puedan recoger y vender para así seguir sobreviviendo en la miseria. Quiere dar a entender, y seguramente a los americanos más que a otros, que esto no es Méjico, ni Colombia, ni la República Dominicana, ni Brasil, ni Perú, ni ningún otro país donde desgraciadamente existe este tipo de miseria. No encuentro otra explicación a esta escena. Una mujer que quiere borrar las huellas de su relación, aunque sólo sentimental o carnal, con un terrorista, no va a tirar las pertenencias de éste a un vertedero en pleno día donde está expuesta a que la vea medio mundo. Lo lógico es tirar las cosas en uno de los miles de contenedores de la ciudad durante la noche, algo, por otra parte, normal y común, algo que no llama la atención de nadie. Está claro que Almodóvar quiere la escena del vertedero por las razones señaladas, a no ser que quiera hacer hincapié en la simpleza, si no la estupidez, de Candela.

Ya que estamos en este tema, no podemos dejar de analizar la secuencia en la que el camión de la basura está descargando el contenedor de forma totalmente automática. ¿Qué propósito tiene esta escena, si no la de hacer ver a extranjeros la tecnología que existe en España? Un buen director, como un buen novelista, tiene que ser un buen observador, y Almodóvar seguramente ha observado cómo recogen la basura en las grandes ciudades americanas. Enormes sacos negros de plástico quedan depositados en las aceras hasta que unos hombres los agarran y los tiran al camión. En los pueblos de las casitas con jardín, que tanto vemos en las películas americanas, la recogida de la basura es igualmente primitiva. Aquí los hombres agarran y cargan enormes sacos de plástico o cubos de plástico o barriles metálicos y los descargan en el camión una vez por semana. Lo único que hay de automático es la pala que arrastra los sacos de basura hacia dentro. Mientras la escena de la película es de la realidad española de 1988, la realidad americana en este campo sigue igual, es decir, en la prehistoria. El hecho de que el hombre de la basura encuentre la nota que Pepa había dejado en la puerta de su amante, y que la lea en voz alta delante de ella no quita ni añade nada a la trama, por tanto, no encuentro otra explicación a esta escena que la que acabo de dar. De hecho, ésta es una de las más importantes escenas con el propósito de mostrar la modernidad de España, ya que pone en evidencia para el público americano el gran contraste entre las dos realidades.

La vana y tensa espera de Pepa la lleva a la búsqueda activa de su esquivo y escurridizo amante, y con esto Almodóvar aprovecha para mostrar un hito que, si bien no es una Torre Eiffel, ni un Coloseo, es, sin embargo, parte de la realidad arquitectónica de Madrid. En su deambular Pepa cruza una avenida en un hermoso marco que tiene como fondo el "Pirulí", una torre en forma de seta que sirve como centro de telecomunicaciones, e inaugurada en el año 82, en ocasión de los Mundiales de fútbol. En este marco, alumbrado por la luz de los faroles y por la primera luz del

amanecer, el director no pone la plaza de toros o la Plaza Mayor, sino una estructura, que, si bien no es el símbolo de Madrid, sí es una moderna y casi futurista realidad madrileña. Aunque los exteriores son pocos y cortos en una película de casi dos horas, hay, sin embargo, unas escenas nocturnas que muestran una ciudad brillante y reluciente y llena de coches durante una persecución que se prolonga hasta una larga carretera subterránea, que es indicio de una ingeniería moderna.

La razón por la cual Pepa no encuentra a su pareja, es porque éste se ha liado con la abogada de su ex mujer, la misma a la que Pepa recurre para que defienda a Candela. Esta señorita seca, malhumorada y mal hablada, es, sin embargo, una profesional, y además supuestamente feminista. Aquí vemos a una mujer que, como Pepa, representa al sexo débil moderno, a la nueva mujer española que no trabaja como criada, o como maestra, o como dependienta o, a lo más, como secretaria, sino como abogada. Es decir, representa a la mujer que ha entrado en el campo laboral tradicionalmente dominado por los hombres. Es antipática y mandona, pero ése es su problema, y a nosotros no nos importa.

Cuando Candela le revela a Carlos que los terroristas van a secuestrar un avión, éste avisa a la policía con una llamada telefónica que, a pesar del tartamudeo, no dura más de unos pocos segundos. Nos enteramos del grado de sofisticación tecnológica que posee la policía cuando dos agentes se presentan a la casa para investigar el origen de la llamada anónima. En esta secuencia también vemos cómo en un país moderno, democrático y libre la policía tiene la "justa" autoridad. Cuando los agentes, vestidos de paisanos, se presentan a la puerta de Pepa diciendo simplemente que son policías, sin mostrar nada que los acredite como tales, el técnico que ha venido a reparar el teléfono les pide que se acrediten. Está claro que la época de los "grises" franquistas está muy lejana en el tiempo, no por eso, sin embargo, Almodóvar deja de mostrar su poco aprecio por el cuerpo policial, cuando en el aeropuerto los presenta como unos vagos dormilones.

Por fin, cuando Lucía llega a dicho aeropuerto para asesinar a su ex marido, no la vemos caminar por el largo pasillo, sino que la vemos deslizarse como si tuviera patines en los pies. Obviamente lo que se mueve es un pasillo eléctrico, de los que existen desde hace muchos años en muchos aeropuertos del mundo, pero Almodóvar quiere que se sepa que en España existen también. Lucía tiene prisa para llegar a su destino, sin embargo no camina en este pasillo, porque si lo hiciera, no nos enteraríamos de que está encima de un pasillo móvil. Nuestro director parece querer borrar aquella imagen anacrónica de una España rural y campesina que es recurrente en la mente de los que no la conocen directamente.

A través de la película hemos visto signos que, analizados en su conjunto dentro de un código, nos llevan a la imagen de una España moderna, pero, el que vive en España apenas se percata de todo esto, ya que está acostumbrado a ello. Incluso los que no viven en Madrid conocen la ciudad por medio de la televisión, y, lo que es más importante, disfrutan de los mismos servicios, de la misma tecnología, y, en cierto modo, del mismo estilo de vida. Por tanto, es el espectador extranjero que aprende a conocer la España de hoy, y eso es, a mi parecer, lo que pretende este otro manchego universal.